

Podemos, la vieja política y el nuevo ciclo

POR MARIO R. TAUSTE

INTRODUCCIÓN

El 15 de mayo de 2011 una marcha multitudinaria recorrió las calles de las principales ciudades del Estado español. A la altura de la Puerta del Sol, un grupo de manifestantes se negó a dar por concluida la movilización e improvisó una acampada espontánea. La policía cargó y al día siguiente miles de personas convirtieron la plaza coronada por la antigua sede de la DGS en la plaza Tahrir madrileña. Lo que pudo ser una manifestación más entre otras acabó dando el pistoletazo de salida a un movimiento que en cuestión de unos días ya había logrado extenderse a lo largo y ancho del Estado. Apenas dos semanas después, decenas de miles de manifestantes tomaban la plaza Syntagma en Atenas y unos meses más tarde nacía el Occupy en el corazón del imperio estadounidense.

El movimiento de los indignados se topó pronto con sus propios límites. Con las Marchas de la Dignidad, a comienzos de 2014, la fase movimentista del ciclo exhaló su último aliento. Su incapacidad para colmar el vacío político abierto por la «crisis orgánica» de la formación social española era un secreto a voces. Desde Tahrir hasta Wall Street, pasando por Sol y Syntagma, la «multitud» no hizo más que languidecer a medida que el desborde inicial fue dando paso a un previsible agotamiento.

Y en eso llegó Podemos. La Syriza española irrumpió en el escenario político ganando el premio al mejor actor revelación en las europeas. Pronto vendría la esperanza del *sorpasso*, el primer Vistalegre, la «Marcha del Cambio» y la aventura municipalista. Después los 69 escaños en las generales, el pacto de los botellines y la ruptura con Errejón. Tras la repetición electoral de noviembre de 2019, Unidas Podemos llegó a un acuerdo para gobernar con el PSOE. Los de Iglesias accedían por fin al Gobierno, pero lo hacían desgastados y mutilados por las escaramuzas internas, con la derecha errejonista y la izquierda anticapitalista fuera del partido, un electorado reducido a la mitad y la posibilidad del *sorpasso* completamente descartada.

Para entonces, el giro neokeynesiano de la UE¹ había logrado ofrecer una nueva prórroga financiera a la sociedad de clases medias, cerrando provisionalmente la ventana de oportunidad abierta por la crisis. Si hubo un intento de revolución pasiva,² sin duda se fraguó en Bruselas: la asimilación de Podemos a la «vieja política» y su integración en el Estado como ala izquierda del gobierno de restauración progresista no se entienden sin los esfuerzos de la oligarquía europea para relanzar la acumulación tras la crisis del ciclo neoliberal. Sin embargo, estos esfuerzos no habrían llegado tan fácilmente a buen puerto sin el inestimable concurso de la apuesta política, estratégica y organizativa de los morados.

1. Véase RUIZ C., PABLO. «Economía política del declive: acumulación y lucha de clases ante una era de catástrofes», en *Marx XXI 3. Independencia Política*. Contracultura, 2024, pp. 59-60.

2. FERNÁNDEZ, BRAIS. «La fallida “revolución pasiva” española», en *La restauración de la normalidad. Del 15-M a los gobiernos progresistas*. Cuadernos de Estrategia, n.º 1, 2023, pp. 41-54.

El Gobierno de coalición PSOE-UP fue el «centro de anudamiento» en el que terminaron convergiendo algunas de las tendencias que llevaban ya un tiempo anunciando el cierre del ciclo abierto en 2011. Si la expansión del empleo público y la ampliación del gasto social hicieron posible una tímida recomposición de las clases medias,³ así como una recuperación del empleo y la estabilidad, la integración de Podemos en el sistema de partidos y su entrada en el Gobierno sirvieron para paliar la crisis de representación política a través de un recambio de élites que, dicho sea de paso, tenía en la meritocracia su principal motor ideológico. Podemos jugó un papel determinante en este proceso de restauración, contribuyendo a generar los equilibrios institucionales necesarios para asegurar durante algún tiempo un marco de gobernabilidad relativamente estable sobre la base de los mismos fundamentos estructurales que dieron lugar a la crisis.

La historia de su paso por el Ejecutivo debe entenderse como un apéndice de la historia general del ministerialismo, un capítulo más en su antología de miserias, renunciaciones y fracasos. No en vano decía Rosa Luxemburg que la entrada de un ministro socialista en un gobierno burgués no convierte al gobierno burgués en un gobierno socialista, sino al ministro socialista en un ministro burgués.⁴ Convertidos en ministros burgueses, los ministros socialistas acaban poniendo la defensa del Gobierno en el que participan por encima de los objetivos en virtud de los cuales justificaron inicialmente su

3. RODRÍGUEZ, EMMANUEL. «La izquierda post-15M: pilar de la Restauración», en *La restauración de la normalidad...*, p. 37.

4. LUXEMBURG, ROSA. *El «Asunto Dreyfus» y el «caso Millerand»*. Respuesta a una consulta internacional, marxists.org: <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1899/xx/mill.htm>.

participación, de suerte que por el camino renuncian no solo a los propios objetivos, sino también a cualquier resquicio de credibilidad y legitimidad. Así fue como los jauresistas renunciaron a su campaña por Dreyfus para defender el gabinete Waldeck-Rousseau y la cartera de Millerand, y así fue también como Podemos renunció, por ejemplo, a la derogación de la reforma laboral del PP y de la Ley Mordaza, a la cuestión de la república o al referéndum por la salida de la OTAN.

La incapacidad para aplicar su programa y la necesidad de justificar al mismo tiempo la continuidad en el Gobierno pusieron pronto sobre la mesa el habitual contraste entre el triunfalismo que acompaña al anuncio de los pequeños logros y el ocultamiento o la minusvaloración interesada de las grandes derrotas. A pesar de sus limitaciones y de la ambivalencia de sus resultados, medidas como la revalorización de las pensiones, el IMV o las políticas en materia de género del ministerio liderado por Irene Montero fueron celebradas como grandes conquistas históricas mientras que las medidas realmente ambiciosas —aquellas que habrían podido contribuir a debilitar el Estado capitalista español, desmontar el régimen del 78 y lograr avances reales en términos de democratización— simplemente fueron sometidas a un decreto de *damnatio memoriae*. No es de extrañar que, finalmente, lejos de asumir parte de la solemne responsabilidad que el gobierno progresista se había encomendado a sí mismo, Podemos heredara parte de su desgracia.⁵

5. «Sea como fuere, la clase obrera, al enviar a Millerand al gabinete, no ha asumido esa “gran parte de la responsabilidad” de la que con tanto orgullo hablan Jaurès y sus amigos. Simplemente se ha convertido en heredera de una parte de la vergonzosa desgracia «republicana» del radicalismo pequeño-burgués» (LUXEMBURG, ROSA. *La crisis socialista en Francia*, marxists.org

No obstante, esta historia es también una historia en disputa. Desde la ruptura con Sumar y la salida de sus cinco diputados al Grupo Mixto, Podemos ha tratado de ofrecer una imagen de renovada radicalidad, articulando un discurso basado en la crítica del malmenorismo y la denuncia de la responsabilidad del Gobierno en el avance de la extrema derecha, el rearme y el retorno de la austeridad. Claro que adoptar repentinamente esta pose después de haber participado en un Gobierno que aumentó espectacularmente el gasto militar y los presupuestos policiales, firmó contratos armamentísticos millonarios con Israel, envió tanquetas a Cádiz para sofocar la huelga del metal e infiltró policías en movimientos sociales —por citar solo algunos ejemplos— no es tarea fácil. Para hacer verosímil esta nueva versión de sí mismo, Podemos ha puesto todo su aparato mediático al servicio de una tergiversación desacomplejada de su propia historia, llegando al extremo de actuar como si nunca hubiera formado parte del Ejecutivo al tiempo que defiende la superioridad de su legislatura sobre la de la coalición PSOE-Sumar.

Que los dirigentes de Podemos tomen por idiotas a sus propios votantes no pilla a nadie por sorpresa, pero desplegar una campaña de *gaslighting* masivo para intentar que nos cuestionemos uno de los principios lógicos más firmemente asentados en la historia del pensamiento desde la *Metafísica* de Aristóteles —a saber: que es imposible que algo *sea* y *no sea* al mismo tiempo y en el mismo sentido— solo compite en desvergüenza con la iniciativa de lanzar un *crowdfunding* «antifascista» para ampliar la taberna Garibaldi.

Valoraciones morales aparte, lo cierto es que este giro de guion responde a un plan determinado. El objetivo de este artículo es explicar en qué consiste, a qué objetivos responde y

cuáles son sus presupuestos tácticos y estratégicos. Se trata, en definitiva, de clarificar el proyecto del actual Podemos, el lugar que ocupa en la batalla por la recomposición de la izquierda burguesa en el Estado español y el papel que está llamado a desempeñar en el nuevo ciclo político.

Y DESPUÉS..., OTRA VEZ COMO FARSA

Al comienzo de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx compara a los protagonistas de la Revolución Francesa con los protagonistas de la revolución de 1848. Tal y como Hegel advirtió, la historia acontece dos veces, pero —señala Marx— Hegel se olvidó de añadir que acontece primero como tragedia y luego como farsa: si en aquella ocasión la Montaña estaba liderada por Danton y Robespierre, ahora su lugar lo ocupaban revolucionarios de opereta como Caussidière y Louis Blanc; si entonces las fronteras francesas fueron amenazadas por una coalición internacional de grandes potencias, ahora los enemigos de Luis Bonaparte exhibían su impotencia en el exilio; si aquella vez Napoleón derrotó a las tropas austriacas en Marengo, conquistando la primera gran victoria de una campaña militar que habría de sentar las bases jurídicas del poder burgués en Europa, ahora el idiota de su sobrino se dedicaba a lamer las botas del zar Nicolás I.⁶

El mismo esquema podría aplicarse al Podemos actual, con la salvedad de que su modelo a imitar es con diferencia mucho menos admirable, de modo que su farsa es también mucho más mediocre. Mientras que Louis Blanc conjuraba el

6. MARX, KARL. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Akal, 2023, pp. 77-8.

espíritu de El Incorruptible, Podemos se mira en un espejo que le devuelve el reflejo deformado de sí mismo en otro tiempo. Así lo atestigua el plan que dio a conocer en *Diario Red* a finales de abril del año pasado: si en 2015 el objetivo era dar el *sorpasso* al PSOE para formar gobierno con Pedro Sánchez, diez años más tarde el objetivo es dar el *sorpasso* a Sumar para gobernar una vez más con el PSOE, de nuevo como socio minoritario, pero en esta ocasión con menos diputados y una correlación de fuerzas inequívocamente desfavorable a nivel estatal e internacional. Según aseguraba el editorial de *Diario Red*, para lograr este objetivo Podemos se habría lanzado a trabajar en la construcción de «un poderoso movimiento contra la guerra y el rearme y por la paz» capaz de hacer posible «una candidatura que evite un gobierno del PP después de las próximas elecciones, pero que también impida que el PSOE vuelva a tener las manos libres para hacer las mismas políticas que haría el PP».⁷

El absurdo es manifiesto. Podemos, que ha formado parte de un Gobierno que aumentó el gasto militar en un 64,2 %, ⁸ quería erigirse ahora en partido antiguerra para volver a ser la muleta del PSOE de Sánchez, un «señor de la guerra» en palabras de los propios líderes de Podemos. Por si fuera poco, pretendía hacerlo recogiendo en las urnas los frutos sembrados en las calles por un movimiento de masas contra la guerra, el rearme y la austeridad que dio sus primeros pasos al calor

7. Véase «El plan de Podemos». *Diario Red* (28 de abril de 2025): <https://www.diario-red.com/articulo/editorial/el-plan-de-podemos/20250427202853046507.html>.

8. «El gobierno PSOE-Unidas Podemos aumentó el gasto militar en 6.300 millones de euros». *Diario Socialista*: <https://diariosocialista.net/2025/04/24/el-gobierno-de-psoe-unidas-podemos-aumento-el-gasto-militar-en-6-300-millones-de-euros/>.

de las protestas contra el genocidio en Palestina y está llamado a crecer ante la nueva era de guerras y catástrofes en la que estamos inmersos.

No es de extrañar que exista una enorme disonancia entre la súbita radicalización de Podemos, por un lado, y su endeble horizonte estratégico, por otro. La inadecuación entre medios y fines se explica, sencillamente, porque los fines oficiales no se corresponden con los fines reales. El verdadero objetivo no es otro que preparar el terreno para encabezar una futura recomposición del espacio a la izquierda del PSOE. Se trata de llegar a la ineludible cita de la unidad electoral en las mejores condiciones posibles para disputar su liderazgo al resto de fuerzas progresistas.⁹

En este sentido debe entenderse la integración de Podemos en Por Andalucía, la coalición liderada por Antonio Maíllo. Podemos venía de ser superado por el chiringuito de Alvisé y desaparecer de los parlamentos autonómicos de Aragón y CyL, lo que se sumaba a una serie de derrotas electorales que dejaron al partido sin representación en todas las comunidades en las que hubo elecciones a partir de 2023. No hacía falta ser un observador muy perspicaz para darse cuenta de que, una vez más, las razones oficiales —la sanidad, la vivienda o la infinita «generosidad» de Podemos— tampoco tenían nada que ver con las razones reales. En una tertulia de RNE Iglesias dejó claro que el acuerdo con IU-Sumar en Andalucía era el peaje a pagar para obtener las credenciales que el partido necesitaba para presentarse como el mártir de la causa de la unidad de la izquierda. No cualquier unidad, por supuesto, sino

9. GALLARDO, GONZALO. «Nuestros enemigos se recolocan: Sobre la situación política española», en *Nuevo Ciclo* #001. Marx XXI, 2025, p. 68.

una liderada por Podemos y encabezada por Irene Montero. De hecho, la integración en la coalición andaluza solo cobraba sentido a la luz del encuentro entre Montero y Rufián, celebrado en Barcelona una semana más tarde.

Ni que decir tiene que los intereses de la candidata de Podemos para las generales y el portavoz de ERC en el Congreso distaban mucho de ser idénticos. Si la primera quería aprovechar el tirón mediático del segundo para lanzar una candidatura electoral unitaria vertebrada en torno a Podemos a nivel estatal y ERC en Catalunya, el segundo trataba de reconvertir su capital como *rockstar* político de moda en un aval para presionar a su propio partido y situarse como candidato predilecto por Barcelona. Esta fue al menos la opinión de Enric Juliana, que calificó a Rufián como un personaje de pleno derecho de los *Episodios Nacionales* de Galdós.

La apreciación es afortunada y, salvando las distancias, invita a profundizar en los paralelismos entre la España actual y la España del último tercio del siglo XIX. Al fin y al cabo, la Transición ha sido caracterizada como una suerte de Segunda Restauración,¹⁰ y la oligarquización de la política, cuestionada por el 15-M pero apuntalada por los partidos de la izquierda reformista que terminaron pacificando el impulso democratizador del movimiento, reduce la vida parlamentaria a un corrupto compadreo entre camarillas de notables. El viejo tópico regeneracionista de la España *oficial* y la España *real* —o

10. Véase DOMÈNECH, ANTONI, «Sobre la crisis de la Segunda Restauración Borbónica y el llamado conflicto territorial». *Sin Permiso*, 2014: <https://www.sinpermiso.info/textos/sueltos-i-sobre-la-crisis-de-la-segunda-restauracin-borbnica-y-el-llamado-conflicto-territorial>; RODRÍGUEZ, EMMANUEL. *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del 78*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2014.

vital, en otra versión de la misma dicotomía— sigue vigente. Parafraseando a Ortega (que popularizó dicho tópico en una ponencia que habría de inspirar, cien años más tarde, la capciosa retórica de la vieja y la nueva política utilizada por el primer Podemos),¹¹ la Segunda Restauración fue un panorama de fantasmas y los gobiernos más progresistas de la historia han sido los grandes empresarios de la fantasmagoría.

De hecho, aunque el relato mistificador de Podemos pretenda hacernos creer lo contrario presentándose como el azote del régimen del 78, como el partido valiente que logró arrancar al PSOE las más radicales de las medidas imaginables y habría llegado mucho más lejos de no ser porque el sistema hizo lo posible por hundirlo —primero a través de las cloacas, luego por medio de la «Operación Sumar»—, lo cierto es que ya en su primer año de existencia moderó considerablemente su discurso, pasando de impugnar el pacto social de la Transición a presentarse como el partido de la restauración de la sociedad de clases medias. Como hemos visto, muy pronto quedaron atrás las reivindicaciones más avanzadas del programa de las europeas, como la renta básica, la auditoría de la deuda, la nacionalización de empresas estratégicas o el referéndum por la salida de la OTAN, pero sobre todo la promesa de un proceso constituyente. No se trataba ya de acabar con el orden constitucional surgido de la Transición, sino de defenderlo frente a unas élites que habrían violado sus consensos más elementales. Podemos se postulaba así como un partido ansioso por gobernar el mismo régimen del 78 —capitalista, monárquico, atlantista, etc.— de cuya impugnación retórica (y siempre algo superficial) había nacido.

11. ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. *Vieja y nueva política. Escritos políticos I (1906-1919)*. Madrid: Alianza Editorial, 2024, p. 38.

La ansiada transversalidad condujo a la adopción de un planteamiento seguidista respecto de los sectores sociales que ostentaron la hegemonía en el 15-M, demostrando que, bajo la ficticia unidad del pueblo —«la gente» frente a «la casta», el famoso «99 % contra el 1 %»—, se escondía una amalgama interclasista compuesta por agentes con intereses objetivamente irreconciliables, sometidos a la dirección política de las clases medias. El imperativo de moderación y la subordinación de la clase trabajadora al proyecto político restauracionista de unas capas medias en crisis estaban coherentemente contenidos en el andamiaje teórico populista, al igual que la apuesta por una *Blitzkrieg* electoral que no solo resultó insuficiente para lograr el ansiado *sorpasso*, sino que además terminó por supeditar la agenda de Podemos a las cambiantes predicciones de los barómetros, a los ritmos y dinámicas de la competencia entre élites políticas característica de la democracia liberal.

La construcción de una máquina de guerra electoral exigía convertir amplios sectores de las masas movilizadas en meros votantes, redirigir toda la iniciativa política hacia el Estado y pasivizar a la base militante activa, que incluía a los sectores de extracción obrera que participaban en los círculos de la periferia de las grandes ciudades. Desde el principio la principal función de los círculos fue conquistar las simpatías de una parte de los sectores movimientistas involucrados en el 15-M. Una vez cumplida esta función empezaron a perder su peso político y organizativo. Tras el primer Vistalegre fueron despojados de cualquier prerrogativa democrática efectiva en favor de un modelo de partido fuertemente centralizado y burocratizado que otorgaba amplios poderes a la Secretaría General, sustituyendo la democracia interna por un modelo plebiscitario de contacto directo entre el líder y los inscritos, al

más puro estilo cesarista, que en la práctica sirvió para validar una y otra vez decisiones tomadas de antemano por la dirección.¹² Muy pronto las intrigas palaciegas, los tejemanejes en la sombra y las puñaladas por la espalda se convirtieron en las únicas vías disponibles para canalizar el disenso político en una organización desprovista de mecanismos de fiscalización de la actividad de sus dirigentes y carente de medios para garantizar la unidad de acción, la libre discusión y la obediencia a los acuerdos colectivos.

Un escalafón por debajo del secretario general se encontraba el Consejo Ciudadano, escogido según un polémico sistema de votación —el voto múltiple o aprobatorio, más conocido como sistema de «listas plancha»— que marginaba las candidaturas minoritarias o alternativas en favor de los liderazgos carismáticos. Con el *sorpasso* como único horizonte, la falsa dicotomía entre eficacia y democracia que dominó el debate en Vistalegre I quedó soldada en la forma de un «partido-empresa»: una estructura dual, dividida entre una rama político-militante y una rama laboral-administrativa, en la que el militante terminó siendo sustituido por la figura pasiva del inscrito, la organización formal por la comunicación directa a través de consultas plebiscitarias y los cuadros políticos por notables rodeados de empleados especializados en labores técnicas más propias de una empresa de comunicación que de un partido político al uso.¹³ Visto en retrospectiva, se comprende que Iglesias pasara tan fácilmente de líder de Podemos a CEO de Canal Red: del partido-empresa a la empresa a secas no hubo ningún salto porque la sobreexplotación,

12. RODRÍGUEZ, EMMANUEL. *La política en el ocaso de la clase media: el ciclo 15M-Podemos*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2016, p. 94.

13. RODRÍGUEZ, EMMANUEL. *La política en el ocaso de la clase media...*, p. 162.

el abuso y las prácticas de dominación laboral padecidas por los trabajadores de Canal Red fueron importadas directamente desde Podemos, cuya burocracia combinó desde el principio una cultura militante de raigambre estalinista con las más perversas facetas de la cultura empresarial neoliberal.

No hay que olvidar, por otro lado, que la subalternización de la clase trabajadora y la hegemonía de las clases medias en Podemos fue política y sociológica a un tiempo. Ni la emancipación de los trabajadores fue jamás un objetivo, ni los políticos profesionales a sueldo del partido —centrados en eludir su propio desclasamiento incorporándose a las élites del Estado— iban a permitir que fuera obra de los trabajadores mismos. No fue jamás un objetivo porque la socialdemocracia no persigue la destrucción del capitalismo, sino su reforma; no busca abolir las clases, sino paliar sus antagonismos; no pretende establecer una sociedad nueva, libre de toda explotación, sino dotar de un «rostro humano» a la sociedad existente.¹⁴ Lejos de poner límites al capitalismo o avanzar gradualmente hacia su superación, la socialdemocracia necesita que el capitalismo goce de buena salud, dado que la viabilidad misma de su proyecto descansa sobre la explotación de la clase trabajadora. Su incurable *estadolatría*, sus pretensiones ministerialistas y su cretinismo parlamentario son el fiel reflejo de

14. Su programa contradice punto por punto el programa del partido revolucionario del proletariado. En palabras de Marx y Engels: «Para nosotros no es cuestión reformar la propiedad privada, sino abolirla; paliar los antagonismos de clase, sino abolir las clases; mejorar la sociedad existente, sino establecer una nueva». MARX, KARL & ENGELS, FRIEDRICH. *Circular del Comité Central a la Liga Comunista*, marxists.org: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/50_circ.htm.

una estrategia que refuerza la dependencia del proletariado respecto del Estado burgués y, por tanto, reproduce su sometimiento.

En resumen, el camino de Podemos nunca fue otro que el camino del oportunismo, que como es sabido va de la mayoría a la táctica en lugar de ir de la táctica a la mayoría.¹⁵ Sin embargo, la astucia no siempre es sinónimo de inteligencia y el oportunismo es un juego político al que se puede perder de dos modos: el primero es sacrificar los principios básicos y los fines últimos en favor de éxitos prácticos a corto plazo; el segundo, ser derrotado también en el terreno de los éxitos prácticos a corto plazo.¹⁶ Y esto fue exactamente lo que ocurrió.

En buena medida, el destino de Podemos estaba contenido *in nuce* en el objetivo de gobernar el Estado capitalista español, así como en el tipo de partido que dicho objetivo imponía. Poco importa que esta estrategia se vistiera con ropajes populistas. Al fin y al cabo, el populismo solo fue la forma político-organizativa que adoptó la socialdemocracia en un contexto de crisis,¹⁷ una táctica electoral para acceder al gobierno y ofrecer una alternativa reformista al callejón sin salida del movimentismo y a los partidos socioliberales de centroizquierda, ejecutores del programa neoliberal junto a sus homólogos de centroderecha. De igual forma, «posmarxismo», «democracia radical» o «socialismo del siglo XXI» nunca fueron más que

15. LUXEMBURG, ROSA. *La Revolución rusa*. Madrid: Akal, 2017, p. 26.

16. LUXEMBURG, ROSA. *El oportunismo y el arte de lo posible*, marxists.org: <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1898/9/opor.htm>.

17. AGUIRIANO, MARIO. «La forma populista de la socialdemocracia», en *Marx XXI 2. Contra la socialdemocracia*. Contracultura, 2023, p. 51.

nombres nuevos para una política muy vieja: el revisionismo de los Bernstein, los Jaurès y los Millerand, fuente inagotable de inspiración para los herederos del oportunismo derechista.

Desmontar el relato con el que Iglesias alimenta en Canal Red a su cada vez más reducido núcleo de seguidores es importante, en primer lugar, por respeto a la verdad. A diferencia de la política reformista, la política comunista se sostiene sobre un principio de veracidad. En palabras de Gramsci, la verdad es revolucionaria; es más, la verdad es un ingrediente esencial de la estrategia revolucionaria del proletariado, un elemento que distingue radicalmente su cultura política de la cultura política de las clases dominantes. Y lo es porque, como afirma Gramsci en estricta jerga republicana, si la emancipación de la clase trabajadora debe ser obra de los trabajadores mismos, entonces

no hay que ocultar a la clase obrera nada de lo que a esta interesa, ni siquiera cuando tal cosa pueda disgustarla, ni siquiera en el caso de que la verdad parezca hacer daño en lo inmediato [...]; hay que tratar a la clase obrera como se trata a un mayor de edad capaz de razonar y discernir, y no como a un menor bajo tutela.¹⁸

Y, en segundo lugar, porque este relato descansa sobre diagnósticos parciales e interesados que evitan extraer las lecciones pertinentes de la derrota sin paliativos de la izquierda reformista en el último ciclo. Así, por ejemplo, cuando los dirigentes de Podemos explican su propio fracaso aludiendo exclusivamente a traiciones fratricidas y guerras sucias no solo ofre-

18. GRAMSCI, ANTONIO. «Garruccio e la verità», citado en FERNÁNDEZ BUEY, FRANCISCO. *Una reflexión sobre el dicho gramsciano «decir la verdad es revolucionario»*. Associació d'Estudis Gramscians de Catalunya, 2020: <https://gramsci.cat/una-reflexion-sobre-el-dicho-gramsciano-decir-la-verdad-es-revolucionario/>.

cen un balance reduccionista de su experiencia en el Gobierno, sino que además apuntalan el cerco que cierra el paso al debate estratégico precisamente allí donde más necesario resulta.

Lo anterior no quiere decir que la guerra mediática, judicial y policial que el «Estado profundo» emprendió contra Podemos no sea un factor importante a la hora de explicar su deterioro. No hay duda de que lo es, pero no debemos dejar que el árbol nos impida ver el bosque. Cuando esta guerra es presentada como una operación contingente, extrínseca o accidental respecto de la «esencia» del Estado capitalista, se refuerza implícitamente la idea de que el Estado es una herramienta neutral y por tanto no es preciso que el proletariado tome el poder y ejerza su dictadura, sino que basta con lograr una mayoría parlamentaria para utilizarlo en favor de los trabajadores. El problema de la selectividad estratégica se deja para las clases de ciencia política,¹⁹ y en la vida real se apuesta por una estrategia que deja intactas las fuentes del poder capitalista²⁰ al tiempo que sanciona la democracia liberal o burguesa, un régimen oligárquico en el que los intereses de las clases dominantes están constitucionalmente blindados y el Estado es un aparato burocrático-militar escindido *de* y erigido *sobre* la sociedad.²¹

19. MIASNI, GABRIEL. «Sobre el 15-M, Podemos y sus raíces. Algunas lecciones estratégicas», en *Marx XXI 4. El derecho a la revolución*. Marx XXI, 2024, p. 117.

20. FERNÁNDEZ, ÁLEX. «Comunismo y Parlamentarismo», en *Los comunistas frente al parlamento*. Arteka #49, 2024, p. 17: <https://gedar.eus/es/arteka/komunismoa-eta-parlamentarismoa>.

21. AGUIRIANO, MARIO. «¡Viva la Comuna! Sobre marxismo y Estado», en *Marx XXI 4. El derecho a la revolución*. Marx XXI, 2025, p. 180.

La realidad es que la corrupción y el control de los aparatos del Estado capitalista por parte de las distintas fracciones burguesas en pugna no es un argumento en favor del ministerialismo, sino todo lo contrario; no presupone un Estado neutral, sino una forma de Estado estructuralmente incompatible con el gobierno de los trabajadores. Si algo demostró la Comuna, en palabras de Marx, es que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines».²² Para gobernar, la clase obrera necesita una nueva forma de Estado, una institucionalidad política propia en la que el aparato estatal esté subordinado a la sociedad. Esta nueva forma de Estado tiene como modelo al Estado-comuna, la dictadura del proletariado o, dicho de otra manera, la democracia entendida en sentido tradicional: como gobierno de los pobres libres, de las masas desposeídas, de la mayoría social.

Sustituir el análisis científico como soporte de la estrategia revolucionaria por una justificación seudoteórica del tacticismo más desvergonzado equivale a degradar la teoría hasta reducirla a puro cinismo ideológico. Se trata de un rasgo definitorio del estalinismo²³ que hoy inspira la práctica política de partidos socialdemócratas como Podemos tanto como inspiró en los años 70 del siglo pasado a sus referentes eurocomunistas. La farsa del actual Podemos no es, por consiguiente, la farsa que sucede a la tragedia, sino la farsa de otra farsa: la del Podemos original, aquel para el cual «tomar el cielo por asalto» nunca significó nada remotamente parecido a la gesta

22. MARX, KARL. *La guerra civil en Francia*. Edicions Internacionals Sedov, 2021, p. 32.

23. SACRISTÁN, MANUEL. *Sobre el estalinismo*, rebellion.org: <https://rebellion.org/sacristan-sobre-el-estalinismo/>.

histórica de los *communards*, sino algo infinitamente más prosaico y desde luego mucho menos loable, a saber: acceder al gobierno del Estado capitalista español de la mano del PSOE para gestionar un capitalismo en declive.

En conclusión, si el capitalismo es una imposibilidad y el socialismo una dificultad, Podemos optó desde el principio por invertir la máxima que Galdós pone en boca de Salvador Monsalud en *Los apostólicos*, y exclamó para sus adentros: «¡A lo imposible me atengo, rechazando lo difícil!».

LA VIEJA POLÍTICA Y EL NUEVO CICLO

Galdós fue el principal valedor literario del proyecto hegemónico de la burguesía revolucionaria española, el autor que legó para la posteridad la *Bildungsroman* de una clase ascendente en su lucha contra el viejo orden. Pero también fue un liberal desengañado que expuso con agudeza las miserias de la burguesía conservadora de la Restauración; una clase que no desempeñaba ya ningún papel progresivo en la historia, sino que, aterrorizada por la Revolución Francesa, se alió con los poderes tradicionales para impulsar el tipo de modernización oligárquica que presidió la formación de los Estados-nación europeos en la segunda mitad del siglo XIX.

Hoy vivimos en un mundo dominado de manera prácticamente omnímoda por el capitalismo. Ya no existen Estados precapitalistas ni, salvo contadas e importantes excepciones, el colonialismo clásico, y hace tiempo que la burguesía dejó de ser una clase revolucionaria. Otro modo de decir lo mismo es que las revoluciones burguesas están obsoletas desde el

punto de vista histórico.²⁴ Sin embargo, el presente nunca es contemporáneo de sí mismo. Antes bien, en una misma formación social conviven temporalidades divergentes: el modo de producción capitalista está preñado de socialismo y simultáneamente coexiste con el rastro de modos de producción anteriores, el lenguaje es un sedimento de la historia y en toda persona se anudan determinaciones sociales de diversas coyunturas históricas. A nadie debería sorprenderle, por tanto, que Galdós siga siendo un cronista válido para nuestra época y que, en ausencia de un proletariado fuerte, cohesionado y políticamente constituido como clase, los grandes movimientos emancipatorios del presente tomen la forma de revoluciones burguesas a destiempo.²⁵

Todo presente aparentemente homogéneo, unificado e idéntico a sí mismo es siempre la cristalización del proyecto hegemónico de una clase social que ha logrado erigir la temporalidad parcial de su presente particular en el presente general de todas las clases, en la temporalidad que rige para el conjunto como si de un horizonte insuperable se tratase.²⁶ Por suerte, la crisis histórica que atraviesa el capitalismo ha convertido este horizonte en un principio de realidad bastante frágil. En los últimos meses hemos asistido al incipiente desmantelamiento del viejo orden mundial por parte de sus principales arquitectos. El «fin de la historia» es historia y no hay fuerza política capaz de empujar a la burguesía hacia adelante «a base de patadas en el trasero»,²⁷ como a decir de Gramsci

24. AGUIRIANO, MARIO. «Un nuevo ciclo revolucionario», en *Nuevo Ciclo* #001. Marx XXI, 2025, p. 23.

25. *Ibid.*, p. 24.

26. THOMAS, PETER. D. *El momento gramsciano*. Madrid: Akal, 2026, p. 322.

27. GRAMSCI, A. *Cuadernos de la cárcel*. Q1, §44. Madrid: Akal, 2023, p. 52.

hicieron los jacobinos. La razón es simple: la supervivencia de un capitalismo en pleno declive es cada día más incompatible con las formas de integración política y económica que caracterizaron a la mayoría de los países del centro imperialista después de la Segunda Guerra Mundial.

Ocurre lo propio con esa versión progresista del fin de la historia que conocemos como socialdemocracia. Y es que el intento de recomposición política de la izquierda burguesa en el Estado español ha revelado sus maltrechas costuras antes incluso de ponerse en marcha. Sin proyecto, horizonte estratégico emancipatorio ni capacidad de liderazgo moral e intelectual, los planes de la izquierda se agotan en la enésima confluencia instrumental diseñada con técnicas de ingeniería electoral y orientadas a asegurar la autorreproducción de una élite. El resultado es que las clases medias progresistas están condenadas a escoger entre sostener al PSOE votando al PSOE o sostener al PSOE votando a los partidos que le sirven de mula.²⁸

Por su parte, el PSOE está acorralado por la corrupción y el Gobierno de Sánchez pende de un hilo muy fino. La imputación de Zapatero en el caso Plus Ultra y el chovinista cierre de filas del conjunto de la socialdemocracia ante los recientes sucesos de Ceuta han puesto el broche al fin de ciclo. Aunque

28. Aquí caben todos los partidos a la izquierda del PSOE con la excepción de Adelante Andalucía, uno de cuyos principales rasgos distintivos es la crítica a la posición subalterna de la izquierda gobernista respecto del PSOE. Para una discusión sobre algunas de las limitaciones de su proyecto, véase R. TAUSTE, MARIO & DE MANUEL MARTÍNEZ, MARIO. «De cañones y urnas. Sobre las elecciones andaluzas». *Contracultura*, 15 de mayo de 2026: <https://contracultura.cc/2026/05/15/canones-urnas-elecciones-andaluzas/>.

lo cierto es que el último ciclo ha muerto ya muchas veces. Concretamente, ha habido tantos fines de ciclo como hitos de clausura: el asalto institucional, Vistalegre II, la irrupción de Vox en el Parlamento andaluz, la aparición de Sumar, la muerte política de Errejón... Dependiendo del hito que tomemos como referencia, el balance del ciclo será distinto.

No hay que olvidar, además, que cada ciclo se enmarca en ciclos más amplios y se encabalga sobre tendencias de carácter internacional cuyas expresiones nacionales varían en función de muy diversos factores. En este sentido, existen desfases temporales entre coyunturas, divergencias más o menos acusadas y convergencias a distintos ritmos y velocidades. La anómala supervivencia del gobierno progresista español en un contexto marcado por el segundo mandato de Trump y la consolidación de la ultraderecha y el nuevo movimiento fascista en toda Europa da buena prueba de ello. Se trata de una supervivencia raquítica, que durante un tiempo ha bastado para hacer del caso español una excepción en la medida en que el agónico ciclo progresista no acababa de morir y el nuevo ciclo reaccionario no conseguía imponerse del todo.²⁹ Todo apunta a que esta excepción está llegando a su fin. Lo que viene es la expresión española de la respuesta reaccionaria a la misma crisis que alumbró el nacimiento del ciclo progresista: una crisis de larga onda, marcada por la desaceleración sostenida del crecimiento económico a nivel global,³⁰ que hoy alimenta a los monstruos al tiempo que crea las condiciones para la apertura de un nuevo ciclo revolucionario.³¹

29. GALLARDO, GONZALO. «Nuestros enemigos se recolocan...», pp. 58-9.

30. MERCHANT, JAMIE. *Colapso. Nacionalismo económico y declive global*. Madrid: Ediciones Extáticas, 2025.

31. AGUIRIANO, MARIO. «Un nuevo ciclo revolucionario», p. 21.

En este contexto, Podemos tiene que hacer frente a una tensión objetiva. Por un lado, su nueva táctica le obliga a adoptar una pose radical e intransigente, ofrecer una imagen rupturista y apostar por un discurso impugnatorio a fin de presentarse como una alternativa a las fuerzas del gobierno progresista; por otro, esta pose es difícil de conciliar con su propio pasado inmediato, el nivel de conciencia de un electorado acostumbrado a un discurso más moderado y el hecho de que, a fin de cuentas, comparte programa con las fuerzas de las que pretende distinguirse, que son también las fuerzas con las que tendrá que aliarse si quiere sobrevivir electoralmente. Con las elecciones a la vuelta de la esquina, la inmensa mayoría del electorado progresista presionando en favor de la unidad y un balance indudablemente desastroso del giro a la izquierda con el que pretendía capitalizar el descontento generado por el Gobierno, todo apunta a que esta tensión se resolverá en favor de una apuesta más pragmática y posibilista acompañada de una apariencia de radicalidad cada vez más inverosímil, pero necesaria para postularse ante los movimientos sociales como el partido más comprometido con la defensa de sus demandas.

La suma de elementos que hemos ido presentando conduce, en lo que al futuro de Podemos respecta, a una conclusión clara: las posibilidades de que Podemos renazca de sus cenizas para encabezar las fuerzas de protesta y oposición que vayan desarrollándose en el futuro próximo son prácticamente nulas. Desde la perspectiva de la hegemonía, la marca está agotada. Otra forma de decir lo mismo es que, en un sentido político fuerte, Podemos no tiene futuro, solo pasado. Es, hoy por hoy, el patrimonio personal de un núcleo de dirigentes convertidos en sus propietarios, que sobrevive de las menguadas

rentas que ha dejado el viejo ciclo. La «carrera electoral» para la que fue diseñado determinaba un rango de vida corto. Si se nos permite la pedantería, podríamos decir que, en términos hegelianos, Podemos carece hoy de «realidad efectiva»: existe, sí, y quizás pueda seguir haciéndolo por un buen periodo de tiempo, pero lo hace como un fantasma de lo que fue, anacrónico y desconectado de las necesidades del presente. En su día, Podemos pudo presumir de representar un movimiento real, pero hoy se representa únicamente a sí mismo, es decir, a los intereses de su estructura de dirigentes. Cuánto prolongue su agonía depende, en última instancia, de los intereses privados de estos últimos.

Ya lo afirmó en su día el analista Jaume De Miquel, que diera la marca por amortizada tras el fracaso de Pablo Iglesias en las elecciones madrileñas: un 7 % en las elecciones a la Comunidad de Madrid es un 4-5 % en unas elecciones generales, y esta cifra se ha convertido, con gran probabilidad, en el techo histórico del partido. Todo indica que en mayo de 2027 Podemos habrá perdido toda representación autonómica y toda concejalía en las grandes ciudades. Que pudiera ganar algún escaño en las elecciones generales —sin duda menos de los requeridos para optar a un grupo parlamentario propio— es más un canto de cisne que una victoria genuina.

Por más que sumemos su potencia mediática —la visibilidad pública que preserva gracias a Canal Red, la notoriedad de sus principales figuras y la capacidad de negociar con el PSOE la presencia de sus tertulianos en RTVE— a la masa de votantes fieles que aún preserva, el resultado carece de los mimbres necesarios para volver a disputar la hegemonía. El camino de la historia no se puede recorrer a la inversa: Podemos podrá

preservar ciertos niveles de voto, pero jamás volverá a los 70 escaños; podrá mantener la lealtad de sus fieles, pero no ganar nuevos (en grandes cantidades al menos); podrá intentar dialogar con las fuerzas de protesta y oposición que están ya reconfigurándose, pero no liderarlas. Sus condiciones impiden, en suma, que vuelva a convertirse en la herramienta capaz de hegemonizar el descontento y las ansias de cambio. Pues lo que las condiciones objetivas reclaman es una herramienta política genuinamente novedosa, arraigada en las luchas reales y con una organicidad interna capaz de dar forma y unidad a las aspiraciones de los sectores más conscientes de la clase trabajadora —lo que incluye una serie de dirigentes creíbles, no exministros súbitamente izquierdistas—. Nuestra apuesta es que solo un partido comunista de masas puede dar respuesta a esta necesidad.





América Latina: de la ola rosa a la ola negra

POR L. FERNÁNDEZ

Durante la primera década de este siglo, América Latina vivió la llamada «ola rosa»: una sucesión de gobiernos nacionalistas de izquierda con un programa de nacionalización de recursos, expansión de derechos políticos y redistribución de la riqueza. La chispa prendió en Venezuela tras la victoria de Hugo Chávez en 1998 y el proyecto de reforma constitucional «bolivariano» llevado a cabo un año después. Le siguieron, con estabilidad y ambición variables, Brasil, Bolivia, Uruguay, Ecuador, Nicaragua, Honduras, el Salvador, Paraguay, Perú y Argentina.

En un sentido general, la ola rosa fue una respuesta a décadas de devastación provocada por las políticas neoliberales, estrechamente atadas a la subordinación con respecto a EE. UU. Su principal agente, impulsado por las luchas populares, fueron unas izquierdas recompuestas dentro de un paradigma de soberanismo reformista, donde el carácter capitalista de la economía y el Estado serían generalmente aceptados a cambio de mejoras redistributivas —en clave de nacionalismo económico— y democratizantes. La nacionalización de recursos energéticos, sumada al alto precio de los hidrocarburos durante la primera década del siglo, generó las bases económicas para esta política, que redujo notablemente los niveles de pobreza, mitigó la desigualdad, expandió los servicios públicos y gozó durante un tiempo del apoyo de amplios sectores de los oprimidos. A su vez, Venezuela, Bolivia y Ecuador atravesaron

un periodo de reforma constitucional que amplió los derechos políticos, eliminó ciertas instituciones reaccionarias y subsumió parcialmente la condición de excluidos al que la población indígena había quedado históricamente relegada. Países como Brasil, Uruguay o Argentina adoptaron también medidas en esta dirección, aunque de menor calado.

La ola rosa fue recibida con enorme entusiasmo por los sectores a la izquierda del socioliberalismo, desconcertados por el periodo de contrarrevolución triunfante que se había abierto tras la caída de la URSS. El Foro de Porto Alegre de 2002 estableció América Latina como faro, trotskistas y «m-l» de todo el mundo, fascinados por el nuevo credo, podían encontrarse en las calles de Caracas y coincidir en sus elogios a Chávez y su «revolución bolivariana», los futuros fundadores de Podemos encontraron allí su inspiración. Los intelectuales de izquierda, tan dados a la mitomanía, hicieron su agosto: viejas glorias como Marta Harnecker pudieron disfrutar de una jubilación tropical junto a su pareja, Michael Lebowitz, Carlos Fernández Liria y Luis Alegre se embolsaron 100.000 dólares por un premio a su libro *El orden del capital*, Juan Carlos Monedero cobró sus «asesorías económicas» a nada menos que 250.000 pavos (¡Ahí es nada!) y Heinz Dieterich creyó ver confirmada su teoría de un «socialismo del siglo XXI». La educación política y sentimental de la generación que encabezó el ciclo de protestas posterior a la crisis de 2008 no puede entenderse apropiadamente sin esta ola de entusiasmo «bolivariano», donde los Chávez, los Evo y los Correa aparecían como los inventores de una fórmula capaz de sacar al socialismo de su parálisis.

Hubo, sin embargo, voces más lúcidas. El veterano comunista portugués Francisco Martins Rodrigues, entre otros, señaló que la novedad de la «ola rosa» era en el mejor de los casos, parcial: la propuesta estratégica de fondo —que en sus versiones más retóricamente ambiciosas afirmaba querer llegar al socialismo por medio de reformas parlamentarias y movilización popular— no dejaba de ser la vieja propuesta del reformismo, y un enfoque más realista nos ofrecía no un «socialismo del siglo XXI», sino una reedición del nacionalismo desarrollista que antaño defendieran los Nasser y compañía. Así, Martins señaló que el fenómeno de la ola rosa (el soberanismo reformista) resultaría inevitablemente pasajero. Se imponían al menos tres motivos. El primero es que la apuesta del «soberanismo», donde una serie de países separados aspiraba a mejorar las condiciones de vida de las clases populares mediante un programa de nacionalizaciones de recursos estratégicos y competencia mercantil, implicaba atar la viabilidad del proyecto al devenir de los mercados de hidrocarburos, y en general a los volátiles ciclos del capital. El segundo es que la voluntad de mayor independencia con respecto a EE. UU., por positiva que fuera, tendría, dentro de un marco capitalista, su reverso en la mayor dependencia con respecto a otras potencias —como China o Rusia—, cuyo comportamiento no dejaría de ser predatorio. El tercero es que la «lucha popular» quedaría restringida dentro de los límites impuestos por los propios regímenes nacionalistas, con sus aparatos burocrático-militares mínimamente reformados y su economía de mercado.

Martins concluía con una advertencia: «¿Cómo pueden los trabajadores aprovechar la actual ola «progresista» en América Latina? Obviamente, integrándose en ella, para situarse en

posiciones más ventajosas de lucha y de independencia política, pero sin perder de vista ni por un instante que se trata de un movimiento nacional-burgués, limitado e inestable. Confundirlo con una «revolución» solo podría acarrearles graves derrotas».¹

Casi veinte años después, cuando la «ola rosa» no quedan más que las ruinas, las palabras de Martins adquieren un tono casi profético. Los primeros síntomas de agotamiento aparecieron a comienzos de la década pasada, cuando la caída en el precio de los hidrocarburos socavó el suelo económico de las políticas redistributivas, generando un escenario de inflación, endeudamiento agónico e inestabilidad creciente. Los nuevos aliados, como China, no demostraron precisamente la generosidad que la URSS había ejercido con respecto a Cuba, y se valieron de la debilidad de estos países para avanzar en sus intereses como nuevo aspirante a hegemonía del mundo capitalista. Al mismo tiempo, el empeño de los movimientos nacionalistas en el poder por absorber, integrar y subordinar cualquier muestra de autonomía política a su izquierda minó la capacidad de las clases populares para afrontar el renovado escenario de decadencia desde una perspectiva independiente. Los aparatos burocrático-militares del Estado, que el proceso había preservado (como hiciera en su día Allende), se volvieron contra él en cuanto pudieron o hubieron de ser fidelizados mediante sobornos y concesiones masivas, minando la popularidad de los gobiernos y limitando aún más el margen para nuevas expansiones de derechos políticos o medidas redistributivas.

1. MARTINS RODRIGUES, FRANCISCO (2007). *América Latina: «Nova Era Revolucionaria»?*, *marxists.org*.

Así, confrontada con la hostilidad de sus oligarquías nacionales y el gobierno de EE. UU., asolada por sus propias contradicciones y enfrentada a un clima económico adverso, la ola rosa perdió su fuelle. Ya no parecía un nuevo paradigma político para el continente y quizás el mundo, ni tampoco el espejo donde los proyectos de transformación habrían de mirarse. En Argentina el peronismo perdió las elecciones contra el neoliberal Macri tras 12 años en el poder; en Brasil, el golpe de estado judicial contra Dilma Rousseff cerró un periodo de 14 años de gobiernos del PT; en Ecuador, el sucesor de Correa, Lenín Moreno, protagonizó un veloz giro hacia la derecha. Venezuela y Nicaragua se bunkerizaron en torno al ejército y la burguesía «nacional» vinculada al nuevo orden frente al creciente descontento popular y el aumento de la presión imperialista, con sus economías entrando en una espiral cada vez más catastrófica. El fascista Bolsonaro acabó imponiéndose en Brasil mientras en Bolivia un nuevo golpe de Estado desalojaba al MAS del poder. Los datos son rotundos: en 2011, once de los diecinueve países latinoamericanos estaban gobernados por la izquierda; en 2018, el número se había reducido a cinco. Desde sus puestos de mando de Washington, la primera Administración Trump monitorizó meticulosamente el proceso.

Las tornas volvieron a cambiar ligeramente entre 2019 y 2022, con la histórica victoria de López Obrador en México y Gustavo Petro en Colombia, el retorno del peronismo y el MAS al poder en Argentina y Bolivia, la victoria de Boric en Chile y la resurrección de Lula frente al golpista Bolsonaro. Pero los líderes de izquierda de comienzos de la década podrían decirse, como en el poema de Neruda, aquello de *Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos*. El socialismo había desaparecido incluso como adorno retórico, y la idea, por abstracta

o ilusoria que fuera, de un avance imparable hacia un futuro que dejara atrás la subordinación frente al imperialismo, la desigualdad social y la opresión política, era poco más que un recuerdo. Los Boric, Petro, Sheinbaum, Lula, etc., son más «sanchistas» que «bolivarianos», por decirlo rápido —algo que la nueva Administración Demócrata en Washington podía tolerar—.

Frente a un mundo en crisis, donde el estancamiento económico iba acompañado por una competencia entre bloques cada vez más cruda y militarizada y el autoritarismo emergía como nueva tendencia dominante, las fuerzas de izquierda reformista habían pasado a la defensiva. Al mismo tiempo, lo que siempre había sido un movimiento heterogéneo —muy diverso en términos de su ambición reformista y su voluntad confrontación con EE. UU., por ejemplo— aparecía ya claramente dividido, con iniciativas de mayor integración continental como el ALBA desapareciendo de la ecuación, y un escenario resultante en que cada país habría de lidiar por cuenta propia con la presión del imperio yanki y la voracidad de sus acreedores internacionales.

Mientras tanto, las derechas latinoamericanas, siempre dadas al golpismo y la represión masiva, se rearticulaban en clave neofascista. A la primera victoria de Bolsonaro le acompañó la del carcelero Bukele en El Salvador, rápidamente transformado en un Estado policial. Le siguió Milei en Argentina, cuya victoria fue el índice de un cambio de época (le precedió Santiago Peña en Paraguay, pronto le seguiría Daniel Noboa en Ecuador). Con el retorno de Trump a la Casa Blanca se abrió definitivamente el nuevo escenario, en el cual los Milei y compañía aparecen como el trasunto de lo que hace

décadas fueron los Pinochet, Videla o Ríos Mott. Viscosa, temible y perfectamente conectada a los tentáculos de Washington, la ola negra se ha extendido desde entonces por todo el continente: Rodrigo Paz en Bolivia, Kast en Chile, Nesry Hasfura en Honduras, Laura Fernández en Costa Rica, Fujimori en Perú, Abelardo de la Espriella en Colombia. Sus victorias no pueden desligarse de la injerencia electoral norteamericana. De hecho, América Latina sirve hoy como el laboratorio más avanzado de las nuevas técnicas de manipulación electoral (aquellas que tuvieron en el Brexit su primer campo de pruebas) mientras experimenta también un auge de las viejas, practicadas sin pudor alguno. No solo Trump apoya a viva voz a todo candidato ultraderechista, modelando sus políticas —o las de sus países aliados— para dañar a la izquierda y favorecer a sus fieles, sino que bajo esta grosera superficie se despliega toda una serie de maniobras que incluyen a servicios de inteligencia, grandes empresas tecnológicas, mercenarios de la comunicación, granjas de bots, amañeo de mesas electorales, etc. Lo que está revelándose tras la detención de Cerimedo, socio de Javier Negre y cofundador del medio fascista *La Derecha Diario* —quizás el medio que, tanto en forma como en contenido, mejor representa al neofascismo actual— es solo la punta del iceberg.

Venezuela recibió un tratamiento peculiar. El control del chavismo sobre el aparato del Estado —y especialmente sobre un Ejército al que había entregado enormes privilegios— resultaba demasiado grande como para desalojarlos del poder por la vía electoral, injerencia mediante. Así que EE. UU. recurrió a la agresión militar, secuestrando a Maduro y su mujer y sellando —como hoy resulta claro— un pacto a punta de pistola con el oficialismo chavista y el ejército, núcleo del poder

real en Venezuela: mantener los propios puestos —y poder beneficiarse de la mayor apertura del país a las inversiones americanas— a cambio de someterse a los designios de la Casa Blanca. El resultado, como ya todo el mundo puede ver, es la conversión de Venezuela en una neocolonia americana, con la burocracia chavista como gestora y EE. UU. como depositario real de la soberanía y dueño *de facto* de sus recursos naturales.

Cuba era la siguiente pieza en el tablero, pero requeriría de una receta más severa. Al contrario que en Venezuela, en Cuba había habido una revolución real, que reconstruyó el aparato del Estado en base a la lealtad hacia el nuevo orden social y político, expropió a la burguesía y minimizó el papel del mercado privado. La vieja fórmula del bloqueo había logrado empobrecer la isla, pero no dismantelar su economía ni quebrar su voluntad de resistencia. En resumen, el tipo de trato ofrecido al oficialismo chavista y el ejército venezolano no habría funcionado —no es casual, en ese sentido, que los únicos que murieran resistiendo el criminal secuestro de Maduro fueran *militares cubanos*. Con un 90% de la economía bajo control estatal, el monopolio del comercio exterior y todas las industrias estratégicas, amoldar Cuba a los intereses de Washington requeriría de una contrarrevolución liberal a gran escala, una receta del shock al estilo de la impuesta en la antigua URSS. En Venezuela, por el contrario, los primeros compases de la transferencia de poder han podido completarse sin grandes complicaciones, en gran parte porque el «socialismo del siglo XXI» nunca dejó de ser capitalismo a secas.

Así, el primer paso de la nueva ofensiva contra Cuba fue cerrar el grifo del petróleo venezolano. Cuba, una pequeña isla vecina del imperio y asediada por este, nunca podría haber

sostenido su modelo económico sin la ayuda soviética, primero, y venezolana, después —el «socialismo en una sola isla» es, por supuesto, un imposible. El petróleo venezolano, que comenzara a fluir a finales del pasado siglo, había permitido remontar parcialmente la devastación económica posterior a la caída de la URSS: su desaparición era un torpedo contra la línea de flotación de la ya deteriorada economía cubana, que había perdido millones de habitantes en el último lustro.

EE. UU., sin embargo, no se detuvo aquí: el siguiente paso fue dar al histórico bloqueo un salto cualitativo, convirtiéndolo en un asedio diplomático y naval que tenía entre sus dogmas negar a Cuba el acceso a cualquier fuente de petróleo extranjero. Al mismo tiempo, las sanciones escalaron, provocando la huida progresiva del capital privado internacional afincado en la isla —donde el mercado ha ido ganando peso en las últimas décadas—, y se forzó la expulsión del personal médico cubano en sus «misiones» por todo el continente —misiones encargadas de ofrecer atención sanitaria a las masas pobres privadas de la misma; misiones que, entre otras muchas cuestiones, pueden enorgullecerse de haber devuelto la vista a miles de personas. Un asedio en toda regla, coronado con la acumulación de fuerzas militares estadounidenses en torno al país, con la amenaza de la invasión planeando permanentemente en el aire. Mientras los halcones de Washington sonreían con crueldad, las condiciones de vida del pueblo cubano se deterioraban de forma dramática: apagones incesantes, cortes de suministro, escasez de recursos básicos. La debilidad de la protesta de los gobiernos de izquierda que resistían en América Latina sirvió para recordar que de la ola rosa, con sus profesiones de fe antiimperialistas y sus llamados a la uni-

dad continental (más simbólicos que reales, por otro lado, lo que vuelve a decir mucho sobre el movimiento en cuestión), no quedaban más que las ruinas.

Otro episodio relevante de este drama ha sido la aprobación, por parte del Partido Comunista Cubano, de un paquete de reformas liberalizantes inédito en su escala y ambición. Se trata, sin duda, de una medida desesperada ante una situación casi incomparablemente agónica. Amplios sectores de la economía isleña pasarán a abrirse a la iniciativa privada, en lo que muchos han diagnosticado ya como un epitafio al modelo cubano. La hipótesis, desde luego, no puede descartarse. Lo que esperaría a Cuba ante una toma de poder yankies una catástrofe humanitaria similar a la que vivieran los territorios exsoviéticos, con caídas drásticas de la esperanza de vida y la completa reversión de la mayoría de los avances del periodo revolucionario: ante un escenario así, al que hay que sumarle un desolador aislamiento internacional, el margen de maniobra del aparato dirigente cubano era mínimo. El objetivo inmediato de las reformas es previsiblemente ganar tiempo, confiando en que alteraciones en la coyuntura internacional o en su situación doméstica fueren a EE. UU. a aflojar las garras con las que hoy estrangula a la isla. Sin embargo, también es posible que este paquete de reformas suponga el inicio de una contrarrevolución interna de corte dengista —algo que, al parecer, el Estado chino sugiere sin cesar a Cuba— orientada a asentar un «capitalismo de Estado» bajo el dominio de la burocracia cubana. Ahora bien: incluso ese escenario dependería de que el Estado cubano lograra capear la ofensiva yanki y las garras con las que el imperio atenaza la isla.

Pero estas garras se extienden hoy por todo el continente, encabalgadas sobre esa ola negra de gobiernos cipayos. En observancia de su nueva Doctrina de Seguridad Nacional, EE. UU. ve en su hemisferio un inmenso patio trasero que debe mantenerse en una condición de estricta subordinación. Dentro de este escenario, que se integra en la vieja tradición de la política norteamericana para el continente, los Estados latinoamericanos han de quedar reducidos a pantallas, armadas hasta los dientes, de los intereses del capital yanki, revirtiendo los procesos de nacionalización de recursos, abjurando de cualquier voluntad de soberanía, eliminando o desactivando los derechos políticos de las masas trabajadoras a la vez que toda política asistencial queda reducida al rango de una «Ley de Pobres», y respondiendo con puño de hierro a cualquier conato de respuesta popular. Al mismo tiempo, la «guerra contra las drogas» y espantajos similares servirán como paraguas para que EE. UU. se reserve el derecho a intervenir militarmente allá donde le plazca —una política utilizada tanto para justificar la agresión contra Venezuela y el asedio a Cuba como los abiertos ejercicios de desestabilización llevados a cabo en Brasil, México y Colombia.

La contrarrevolución fascista, decía Walter Benjamin, emerge de revoluciones incompletas. En el caso que nos ocupa, podríamos decir que la contrarrevolución de los Milei, De la Espriella y compañía responde en buena parte a que incluso en sus momentos más radicales la «ola rosa» no dejó de representar un movimiento revolucionario-burgués. Para confrontar este nuevo escenario, las fuerzas obreras y populares de América Latina y el resto del mundo deben aprovechar la ventaja que ofrece la perspectiva para ajustar cuentas con el legado de la «ola rosa». Sin la necesaria autocrítica, corre-

mos el riesgo de quedar encerradas en una especie de rueda de hámster, dedicando toda nuestra energía a movernos... sin avanzar. Esta responsabilidad recae de manera especial sobre quienes han dedicado las últimas décadas a vender ilusiones sobre el «socialismo del siglo XXI» y lo que representó —algunos de ellos llegaron, cuando lo de Delcy ya se veía de lejos, a repetir con Diosdado Cabello el archirreaccionario lema «Dudar es traición»—, pero en realidad nos compete a todas. La lección más sencilla que podemos extraer de esta experiencia es que el diagnóstico de Francisco Martins Rodrigues era correcto, y que de hecho todos aquellos que no abandonaron la perspectiva del socialismo científico afirmaron algo similar. La «Ola Rosa» fue un movimiento nacional-popular, no socialista. Logró importantes avances progresistas, pero su propuesta reproducía los problemas históricos de todo «nacionalismo de izquierda». Subirse plenamente a su carro implicaba abandonar los principios estratégicos básicos del marxismo. La independencia política del proletariado y la construcción del socialismo son un imposible si la clase trabajadora se subordina por completo a un proyecto de desarrollismo capitalista, por mucho que este utilice ocasionalmente una retórica radical. En ese sentido, la propuesta de Francisco Martins era tan razonable como su diagnóstico: utilizar la ola de reformas y movilizaciones populares para avanzar posiciones, pero sin abandonar la propia independencia ni hacerse ilusiones sobre la naturaleza del movimiento. Esta lección sobre el pasado nos dice mucho sobre el presente, donde la tarea de las comunistas no es integrarnos en cualquier movimiento de reformas que surja, sino construir un movimiento propio, hegemónico y de masas. Sustituir el desarrollismo capitalista por la construcción del socialismo, el reformismo por la vía revolucionaria,

orientada a destruir el Estado burocrático-capitalista para entregar el poder a las masas obreras, y el nacionalismo por un internacionalismo firme que, sin dejar de lado las peculiaridades de cada nación, luche por formas de unidad superiores —incluida, en este caso, una auténtica *unidad continental*.

Los recientes levantamientos populares en Bolivia, con una huelga general extendida durante más de un mes, y las protestas masivas contra Milei en Argentina son dos indicadores de que la clase trabajadora latinoamericana no va a quedarse inmóvil frente a esta nueva embestida. El ejemplo boliviano, de largo al más avanzado, prueba sin embargo la profundidad del vacío político que existe tras la desarticulación de los partidos de la ola rosa. Existe una encomiable voluntad de lucha, una red de sindicatos e instituciones obreras y populares —con la población indígena jugando un papel determinante— que se han demostrado capaces de poner al Estado contra las cuerdas. Pero en ausencia de un partido revolucionario de masas, arraigado a nivel continental, el paso a la ofensiva —la toma del poder— resulta imposible, las energías obreras y populares acaban disgregándose, y el Estado capitalista puede reafirmar su autoridad, preparándose para destruir los reductos de «doble poder».

Así, América Latina se enfrenta hoy a una encrucijada. O bien vivir bajo la bota de gobiernos neofascistas y lacayos, sucursales del poder imperial norteamericano, o avanzar, por largo que sea el trayecto, por el camino del socialismo revolucionario, la unidad del continente bajo la bandera roja y la revolución proletaria internacional.





